

EL COMPLEJO DE AMOR

EDGAR MORIN

*Edgar Morin estuvo en México a fines de mayo, invitado por el IFAL, la UNAM y la Universidad Iberoamericana. Impartió tres seminarios en esas dos universidades y dictó en el IFAL, el día 29, una conferencia titulada "Llorar, amar, refr, contemplar". Se trató, en realidad, de una versión mínimamente reducida del primer capítulo de su libro *Amour Poésie Sagesse*, publicado por las Éditions du Seuil en junio de este año: "El complejo de amor". Se publica aquí por iniciativa del autor.*

El amor es a la vez lo más íntimo y lo más complejo. Es difícil hablar de él como de un objeto, porque todos —no creo que sea sólo un sentimiento subjetivo— hemos sido sujetos del amor. Digo sujeto en dos sentidos: el amor es una experiencia subjetiva y es algo a lo cual estamos sujetos. Hay una contradicción entre las palabras sobre el amor, que quisieran ser objetivas, y las palabras del amor, que por naturaleza son subjetivas. Pero la tentativa de elucidación no debe ser una traición. La palabra elucidar es peligrosa: la iluminación aclara las cosas pero al mismo tiempo revela aquello que se resiste a la luz, es decir, revela lo oscuro.

El amor es complejo o, más bien, hay un complejo de amor. Hay que entender la palabra complejo en su sentido literal: *complexus*: lo que se ha tejido junto. El amor es como un tapiz tejido con hilos muy diversos y de orígenes diferentes. Detrás de la unidad evidente de un "te quiero" hay una multiplicidad de componentes, y es precisamente la asociación de esos componentes tan diversos lo que constituye la coherencia del "te quiero".

En un extremo, tenemos un componente físico, y en la palabra "físico" se escucha el componente "biológico", que no es sólo el componente sexual, sino también el compromiso del ser corporal.

En el otro extremo, está el componente mitológico e imaginario; y soy de aquellos para quienes el mito, el imaginario, no es una simple superestructura, menos aun una ilusión, sino una realidad humana profunda.

En la relación entre estos dos tipos de componentes

hay una paradoja. Como el amor está arraigado en nuestro ser corporal podemos decir que precede a la palabra. Pero como el amor está al mismo tiempo arraigado en nuestro ser mental, que supone el lenguaje, podemos decir que el amor procede de la palabra. El amor a la vez procede de la palabra y precede a la palabra. Es un problema interesante, porque hay culturas en las que no se habla del amor. En esas culturas en donde el amor no ha emergido como palabra, ¿existe el amor? ¿O más bien su existencia pertenece a lo no dicho?

La Rochefoucauld decía que si no hubieran existido las novelas de amor, el amor sería algo desconocido. Así pues, ¿la literatura es constitutiva del amor, o bien simplemente lo cataliza, lo vuelve visible, sensible y activo? De todos modos, es en la palabra donde se expresan a la vez la verdad, la ilusión, la mentira que pueden rodear o constituir al amor.

Los constituyentes físicos, biológicos del amor preceden a la constitución del amor. Hay un origen del amor en la vida animal. Ante el afecto de un perro decimos: "¡miren, qué cariñoso es!". Hay quien dice que no debemos hacer proyecciones antropomorfas en los animales. Pero en realidad nosotros mismos somos mamíferos evolucionados y sabemos que la afectividad que se desarrolló en el perro se desarrolló aun más en nosotros, los humanos.

Hay una fuente animal innegable en el amor. Pensemos en esas parejas de pájaros que se dice que son inseparables y que pasan el tiempo dándose besitos con el pico de una manera obsesiva. ¿Cómo no ver ahí la realización de una de las potencialidades de esa relación tan intensa y simbiótica entre dos seres de sexo diferente?

Pero en los mamíferos hay algo más: el calor. Son animales "de sangre caliente". Hay algo térmico en los pelos, y sobre todo en esta relación fundamental: el niño, el recién nacido mamífero sale prematuramente a un mundo frío.

Nace en la separación pero, durante la primera época, vive en una unión cálida con la madre. La unión en la separación, la separación en la unión, es lo que, ya no entre madre y progenitura sino entre

hombre y mujer, va a caracterizar al amor. Y la relación afectiva, intensa, infantil con la madre va a metamorfosearse, prolongarse, extenderse entre los primates y los humanos.

La hominización desarrolló en el adulto humano la intensidad de la afectividad infantil y juvenil. Los mamíferos pueden expresar esta afectividad en la mirada, la boca, la lengua, el sonido. Todo lo que viene de la boca es ya algo que habla del amor antes de todo lenguaje: la madre que lame a su hijo, el perro que lame la mano.

Todo eso es ya la fuente de lo que va a desarrollarse en el mundo humano: el beso.

¿Qué nos ha dado la hominización, que marca biológicamente al *homo sapiens*?

En primer lugar, la permanencia de la atracción sexual en la mujer y en el hombre. Mientras que existen aún en los primates periodos no sexuales separados por el periodo del celo, ese momento en que la hembra se vuelve atrayente, la humanidad está en la permanencia de la atracción sexual. Además, la humanidad realiza el frente a frente amoroso mientras que, entre los otros primates, el acoplamiento se hace por detrás. En adelante, el rostro desempeñará un papel extraordinario.

El último elemento que aporta la hominización es la intensidad del coito, y no sólo en el hombre sino también en la mujer.

Y finalmente, en el *homo sapiens*, desde las sociedades arcaicas, van a aparecer los ingredientes últimos y decisivos, necesarios para el amor: los estados de exaltación, fascinación, posesión, éxtasis, que suscitan la absorción de drogas o de bebidas fermentadas, la participación en fiestas, ceremonias, ritos sagrados. Son al mismo tiempo la adoración y la veneración de personajes mitológicos divinizados.

Tenemos así los ingredientes físicos, biológicos, antropológicos, mitológicos que van a reunirse y cristalizarse en amor.

¿En qué momento? Puede extraerse una hipótesis seductora del libro de Jaynes *El origen de la conciencia y la ruptura del espíritu bicameral*. Su tesis es la siguiente: en los grandes imperios de la Antigüedad, el espíritu humano tiene dos cámaras. Una está ocupada por los dioses, los reyes, los sacerdotes, el imperio, los órdenes que vienen de lo alto. La persona obedece como un autómatas a todo lo que es decretado, a todo lo que viene de la cima de la sociedad, y que es de naturaleza sagrada. Y la segunda cámara es ocupada por la vida privada. Las relaciones afectivas, sexuales, como las relaciones de trabajo de la vida cotidiana. Y las dos cámaras están separadas. Podemos suponer que la irrupción de la conciencia aparece en la Ate-

nas del siglo V, es decir, con la comunicación que se abre entre esas dos cámaras. Con la democracia y la ciudadanía, la sacralidad de la primera cámara cesa o disminuye. Y la trivialidad de la otra cámara también disminuye. Y entonces la sacralidad va a poder precipitarse y fijarse sobre un ser individual, el ser amado.

El amor aparecerá y será tratado como tal en una sociedad en la que el individuo se autonomiza y alcanza su plenitud. Todo lo que viene de lo sagrado, del culto, de la adoración puede entonces proyectarse en un individuo que será el objeto de la fijación amorosa. El amor cobra forma en el encuentro de lo sagrado y lo profano, de lo mitológico y lo sexual. Será cada vez más factible tener la experiencia mística, extática, la experiencia del culto, de lo divino, a través de la relación de amor con otra persona.

Entonces, en el momento del amor estamos sometidos a una doble posesión, que viene mucho más lejos que nosotros mismos, que nos rebasa. La primera posesión es la del ciclo de reproducción que súbitamente nos invade y nos posee y que nosotros poseemos también y que podríamos llamar el deseo.

La otra posesión es la que nace de lo sagrado, de lo divino, de lo religioso. La posesión física que viene de la vida sexual se encuentra con la posesión psíquica que viene de lo mitológico. Ése es el problema del amor: somos doblemente poseídos y poseemos lo que nos posee.

La cuestión de la salvajería del deseo y de la fascinación del amor se plantea en relación con el orden social. La humanidad creó instituciones, instituyó la exogamia, las reglas del parentesco, prescribió el matrimonio, prohibió el adulterio. Pero es muy notable que el deseo y el amor rebasen, trasgredan las normas, las reglas, las prohibiciones: o bien el amor es demasiado endógamo, y se vuelve incestuoso, o bien es demasiado exógamo, y se vuelve ya adúltero, ya traidor al grupo, al clan, a la patria. La salvajería del amor lo lleva ya sea a la clandestinidad, ya sea a la transgresión.

Aunque provenga de la realización de un proceso social, el amor no obedece al orden social: en cuanto aparece, ignora esas barreras, las rompe o se rompe en ella. Es "hijo de la mala vida".

Además, lo que es interesante en la sociedad occidental, es la separación, que es a veces una disyunción, entre el amor vivido como mito y el amor vivido como deseo.

Hay que percibir esta bipolaridad: por una parte, un amor espiritual exaltado que precisamente tiene miedo de degradarse en el contacto carnal y, por la otra, una "bestialidad" que podrá encontrar su propia

sacralidad en esa parte maldita asumida por la prostituta. La bipolaridad del amor, si puede separar al individuo entre el amor sublimado y el deseo infame, puede también encontrarse en diálogo, en comunicación: hay momentos afortunados en que la plenitud del cuerpo y la plenitud el alma se encuentran.

El verdadero amor se reconoce precisamente en que sobrevive al coito, mientras que el deseo sin amor se disuelve en la famosa tristeza postcoital: "*homo trite post coitum*". El que es sujeto del amor es "*felix post coitum*".

Como todo lo que está vivo y todo lo que es humano, el amor está sometido al segundo principio de la termodinámica, que es un principio de degradación y de desintegración universal. Pero los seres vivos viven de su propia desintegración al combatirla con la regeneración.

¿Qué es vivir?

Heráclito decía: "Morir de vida, vivir de muerte." Nuestras moléculas se degradan, mueren y son reemplazadas por otras. Vivimos utilizando nuestro proceso de descomposición para rejuvenecer, hasta que ya no podemos hacerlo. Y lo mismo sucede con el amor, que sólo vive renaciendo sin cesar.

Lo sublime está siempre en el estado naciente del enamoramiento. Francesco Alberoni lo ha explicado en su libro *Enamoramiento y amor*. El amor es la regeneración permanente del amor naciente. Todo lo que se instituye en la sociedad, todo lo que se instala en la vida comienza a sufrir fuerzas de desintegración y de debilitamiento. El problema del apego en el amor es con frecuencia trágico, porque el apego suele profundizarse en detrimento del deseo.

El apego a la larga puede producir la inhibición del deseo sexual. Un apego largo y constante puede volver más íntimo el lazo, pero tiende a desintegrar la fuerza del deseo, que sería más bien exógamo, vuelto hacia lo desconocido, hacia lo nuevo.

Podemos preguntarnos si el largo apego de las parejas que consolidan su amor, que lo arraigan, que crea un afecto profundo no tiende a destruir efectivamente lo que había dado el amor en estado naciente. Pero el amor es como la vida, paradójico, puede haber amores que duran, de la misma manera que la vida. Se vive de muerte, se muere de vida. El amor debería poder, potencialmente, regenerarse, efectuando en sí mismo una dialógica entre la prosa que se expande en la vida cotidiana y la poesía que le da su savia a la vida cotidiana.

La unión de lo físico y de lo mitológico se da, de manera notable, en el rostro. En la mirada amorosa hay

algo que tenderíamos a describir en términos magnéticos o eléctricos, algo que pertenece a la fascinación, a veces tan aterradora como la que ejerce la boa en el pollo, pero que puede ser recíproca. Y en estos ojos que tienen una especie de poder magnético subyugante, la mitología humana ha puesto una de las localizaciones del alma.

Lo mismo sucede con la boca. La boca no es sólo la que come, absorbe, da, también es la vía por la que pasa el aliento, que corresponde a una concepción antropológica del alma. El beso en la boca, que Occidente popularizó y mundializó, concentra y concreta el encuentro inaudito de todas las potencias biológicas, eróticas, mitológicas de la boca. Por una parte, el beso que es un *analogon* de la unión física, por otra, la fusión de dos alientos que es una fusión de las almas.

La boca resulta algo del todo extraordinario, abierta a lo mitológico y a lo psicológico. No olvidemos que esta boca habla, y lo que es muy hermoso, que a las palabras de amor siguen los silencios de amor.

Nuestro rostro permite así cristalizar en él todos los componentes del amor. De ahí el papel, desde la aparición del cine, de la magnificación del rostro en el primer plano, que concentra en él la totalidad del amor.

¿Cómo considerar el complejo de amor? La categoría de lo sagrado, de lo religioso, de lo mítico y del misterio entró en el amor individual y se arraigó en él en lo más hondo. Hay una razón fría, racionalista, crítica, hija del siglo de las Luces, que engendra el escepticismo ante toda religión. En realidad, la razón fría tiende no sólo a disolver el amor, sino además a considerarlo una ilusión, una locura. En cambio, en la concepción romántica el amor se vuelve la verdad del ser. ¿Hay una razón amorosa como hay una razón dialéctica, que rebasa las limitaciones de la razón helada?

Desde el punto de vista de la razón fría el mito fue siempre considerado un epifenómeno superficial e ilusorio. Para el siglo XVIII la religión era un invento de los sacerdotes, una superchería creada para engañar al pueblo. Ese siglo no comprendió las raíces profundas de la necesidad religiosa y sobre todo de la necesidad de la salud.

Soy de los que creen en la profundidad antropo-social del mito, es decir en su realidad. Diré incluso que nuestra realidad tiene siempre un componente mitológico. Y añadiré que entre *homo sapiens* y *homo demens*, la locura y la sabiduría, no hay una frontera clara. No sabemos cuándo pasamos de uno a otro, y hay también reversibilidades: por ejemplo, una vida racional sería una locura. Sería una vida que se ocuparía únicamente en economizar su

tiempo, en no salir cuando está malo, en querer vivir lo más posible, en no cometer entonces excesos alimenticios o amorosos. Llevar la razón hasta sus límites conduce al delirio.

¿Qué es entonces el amor?

Es el colmo de la unión de la locura y la sabiduría. ¿Cómo desenmarañarlo? Es evidente que es el problema a que nos enfrentamos en nuestra vida y que no hay ninguna clave que nos permita encontrar una solución exterior o superior. El amor carga precisamente con esta contradicción fundamental, esta co-presencia de la locura y la sabiduría.

Diré sobre el amor lo que dije en general sobre el mito. Apenas un mito es reconocido como tal, deja de serlo. Hemos llegado a ese punto de la conciencia en el que nos damos cuenta de que los mitos son mitos. Al mismo tiempo nos damos cuenta que no podemos vivir sin mitos. Yo incluiría entre los "mitos" la creencia en el amor, que es uno de los más nobles y más poderosos. Tal vez es el único mito al cual deberíamos aferrarnos. Y no sólo, entonces, amor entre individuos, sino en un sentido mucho más vasto, sin olvidar evidentemente el amor individual. Tenemos efectivamente el problema de una convivialidad con nuestros mitos, es decir, no una relación de compromiso sino una relación compleja de diálogo, de antagonismo y de aceptación.

El amor plantea a su manera el problema de la apuesta de Pascal, quien había entendido que no hay manera lógica de probar la existencia de Dios. No se puede probar empírica y lógicamente la necesidad del amor. No se puede más que apostar por y con el amor. Adoptar con nuestro mito de amor la actitud de la apuesta es ser capaces de entregarnos a él, al mismo tiempo que dialogamos con él de manera crítica.

En la idea de la apuesta hay que saber que existe el riesgo del error ontológico, el riesgo de la ilusión. Hay que saber que lo absoluto es al mismo tiempo lo incierto. Hay que saber que, en un momento dado, comprometemos nuestra vida y otras vidas, a menudo sin saberlo y sin quererlo. El amor es un riesgo terrible porque no somos sólo nosotros los que nos comprometemos. Comprometemos a la persona amada, comprometemos también a los que nos aman sin que los amemos.

Pero, como decía Platón de la inmortalidad del alma, es un riesgo muy hermoso que correr. El amor es un mito muy hermoso. Evidentemente, está condenado a la errancia y a la incertidumbre: "¿Soy de veras yo? ¿Es de veras ella? ¿Somos de veras nosotros?"

¿Tenemos una respuesta absoluta a esta pregunta? El amor puede ir de la fulminación a la deriva. Posee en sí el sentimiento de verdad, pero el sentimiento

de verdad está en el origen de nuestros errores más graves. ¡Cuántos desdichados y desdichadas se han ilusionado con "la mujer de su vida" o "el hombre de su vida"!

Pero nada es más pobre que una verdad sin sentimiento de verdad. Comprobamos la verdad de que dos y dos son cuatro, comprobamos la verdad de que esta mesa es una mesa y no una silla, pero no tenemos el sentimiento de la verdad de esta proposición, sólo tenemos su intelección. Ahora bien, es cierto que sin sentimiento de verdad, no existe verdad vivida. Pero precisamente, lo que es la fuente de la verdad más grande es al mismo tiempo la fuente del error más grande.

Por eso el amor es tal vez nuestra religión más verdadera y al mismo tiempo nuestra enfermedad más verdadera. Oscilamos entre estos dos polos tan reales uno como otro. Pero en esta oscilación lo extraordinario es que personal es revelada y aportada por el otro. Al mismo tiempo, el amor nos hace descubrir la verdad del otro.

La autenticidad del amor no es solamente la de proyectar nuestra verdad sobre el otro y finalmente no ver al otro más que según nuestros ojos, es dejamos contaminar por la verdad del otro. No hay que ser como esos creyentes que encuentran lo que buscan porque proyectaron la respuesta que esperaban. Y eso también es una tragedia: tenemos tanta necesidad de amor que a veces un encuentro en el buen momento —o quizá en el mal momento— desencadena el proceso de la fulminación, de la fascinación.

En ese momento, hemos proyectado sobre el prójimo esa necesidad de amor, la hemos fijado, endurecido, e ignoramos al otro que se ha convertido en nuestra imagen, en nuestro totem. Lo ignoramos cuando creemos adorarlo. Esta es una de las tragedias del amor: la incompreensión de sí mismo y del otro. Pero lo hermoso del amor es la interpenetración de la verdad del otro en sí, de la propia en el otro, es encontrar la propia verdad a través de la alteridad.

Para concluir: la cuestión del amor se resume en esta posesión recíproca: poseer lo que nos posee. Somos individuos producidos por procesos que nos precedieron; estamos poseídos por cosas que nos sobrepasan y que van más allá de nosotros, pero, en cierta manera, somos capaces de poseerlos.

Por doquier, siempre, la doble posesión constituye la trama y la experiencia misma de nuestras vidas.

Terminaré dándole a la búsqueda del amor la fórmula de Rimbaud, la de la búsqueda de una verdad que esté a la vez en un alma y en un cuerpo. <